

sibles i ser jutjades d'absurdes o irreconciliables, fins al punt d'imposar el rebuig i anul·lar qualsevol possibilitat de comunicació.

Estem abocats a transitar per MP diferents que com a estructures actives ens forcen contínuament a cercar comportaments possibles i a contextualitzar els elements en conflicte dins de mons on aquests esdevinguin coherents. Tan sols així, i en funció dels nostres propòsits i necessitats, anirem marcant els l·lindars del nostre entorn i transformant-lo en una estructura útil per a la nostra continuïtat.

Eco qualifica el text de màquina mandrosa¹⁴ en el sentit que demana del lector que faci una part del seu treball. De la mateixa manera, la vivència d'un MP, com a construcció social d'una realitat, exigeix del receptor l'esforç d'acceptació del món que se li presenta i inferir-ne individus i comportaments coherents que el completin. No podem oblidar que aquest compromís d'acceptació i adhesió del destinatari, en la mesura que depèn de la seva enciclopèdia de valors, esdevé també un fet ideològic i, des d'aquest punt de vista, la versió d'un MP serà considerada coherent i acceptable pel receptor si no s'enfronta, ni contradiu, cap creença sòlida ni cap dels preceptes que l'informen.

Transitar por los mundos posibles

El actual desarrollo de los sistemas de comunicación en las sociedades avanzadas ha traído, como efecto inmediato, un aumento espectacular de la oferta informativa. Los ciudadanos, continuamente invadidos por un alud informativo que sobrepasa los límites de sus posibilidades receptivas e interpretativas, se ven obligados a forjar unas herramientas que les permitan orientarse en esa confusión de estímulos y, a la vez, transformar su entorno en una estructura coherente y útil, en la medida que contenga las condiciones indispensables para su realización social. De este modo, el individuo, creando su propia dimensión cultural, se crea a sí mismo en un continuo proceso de configuración recíproca entre él y su entorno.

El individuo no realiza este esfuerzo por instrumentar sus propios espacios culturales asociando estímulos y enunciados al azar. Para cumplir esta tarea aplica unos criterios de selección y organización que básicamente responden a sus intereses y a la búsqueda de satisfacciones inmediatas. Pero, ¿cuáles son los criterios que le permiten estructurar un determinado mundo propio y útil? ¿Cómo pasa de un mundo al otro? ¿Cómo accede? ¿De qué manera y en qué orden vive las diferentes opciones?

De manera general, podríamos decir que las personas están siempre dispuestas a encontrar lo que buscan o lo que se opone de manera indiscreta a sus expectativas. Por esta razón, las posibilidades receptivas de los individuos disminuyen hasta la ceguera ante lo que no ayuda ni dificulta el seguimiento de sus expectativas.

La doble lectura

Desde este punto de vista, el mundo que se construye funciona como una verdadera herramienta pragmática, ya que aporta las primeras hipótesis sobre los elementos pertinentes que se le ofrecen, posibilitando la construcción de un universo semántico adecuado a sus intereses.

Para conseguir este objetivo, los individuos proceden a la interpretación de los estímulos que se les ofre-

14. «Machina pigra»: Umberto Eco, 1996, *op. cit.*

cen, proceso que, básicamente, comporta dos fases: en primer lugar, se realiza un proceso efectivo de lectura que permitirá, en una segunda fase, establecer unas hipótesis anticipadas y avanzar en el campo de las interpretaciones supuestas, hasta la construcción de un conjunto coherente.

La primera fase supone abarcar la totalidad informativa y fraccionarla en las partes constituyentes que despiertan su interés, sea porque responden a experiencias pasadas o porque ofrecen expectativas juzgadas interesantes. Para avanzar en la configuración de un conjunto coherente, el individuo somete el material perceptivo a un conjunto de operaciones de análisis, comparación y selección de las partes, estableciendo nuevas relaciones que satisfagan una misma condición predominante. Esta condición actúa como predefinición que, al cobijar hechos y objetos, los identifica como probables y susceptibles de formar una misma estructura. De este modo, la uniformidad o regularidad de los elementos sólo tiene sentido en la medida en que éstos forman parte del mundo que nosotros mismos vamos construyendo.

La característica básica de esta primera fase es que todo el proceso de formación de la macroestructura definitoria pertenece exclusivamente al contenido del «texto» ofrecido.

No sucede así en el caso de la segunda fase donde, de manera retrospectiva, y sobre la base de la macroestructura resultante, se construye un mundo personal que da coherencia a la oferta informativa.

El lector/intérprete es conducido a colaborar, haciendo previsiones y estableciendo supuestos sobre el posible desarrollo del texto hasta conformar las hipótesis de mundos posibles. La activación de estas hipótesis, motivada por la compleja red de relaciones que el intérprete establece entre los elementos discursivos relevantes del texto y los que extrae de su propio bagaje vivencial, le permite pasar de las estructuras discursivas que ofrece el texto a las estructuras pragmáticas del mundo posible. Contrariamente a la primera fase, aquí el lector/intérprete se sirve de herramientas meta-textuales con las que elabora un esquema inferencial y en el que las hipótesis, debidamente valoradas y jerarquizadas, se van contrastando y confirman o informan hasta construir un mundo global y posible que da coherencia al conjunto.

Desde esta dimensión pragmática, podríamos decir que cualquier información va en búsqueda de un destinatario, y esta búsqueda es condición necesaria, no

sólo de su situación comunicativa sino también de su potencialidad significativa. El lector modelo, como dice Eco, es un conjunto de condiciones de éxito textualmente establecidas que deben ser satisfechas para que un texto sea plenamente actualizado en su contenido potencial.

Esta perspectiva pragmática permite no limitar el contenido potencial de un texto a lo que se deriva directamente de las estrategias textuales previstas y reguladas del funcionamiento interpretativo del destinatario, sino que posibilita su ampliación con los contenidos provenientes del trabajo pragmático que genera el mismo texto. Por lo tanto, esta segunda fase se tiene que entender como una parte constitutiva del mismo texto, en la medida que contiene una estructura y un sistema de mecanismos potencialmente dinámicos que generan, en el receptor, procesos inferenciales que completan y «hacen suyo» el texto.

El destinatario, aun identificándose con el lector modelo que presupone el texto, no puede inhibirse del lector real que es. A pesar de que el éxito significativo del texto requiere siempre satisfacer el conjunto de condiciones que es el lector modelo, aquél se tiene que completar necesariamente con la actividad pragmática de la lectura, es decir, con la actualización efectiva de su potencial enciclopédico y la inevitable competencia situacional, no forzosamente prevista por el autor, y que va más allá de la simple identificación y localización de referentes.

Desvincular al lector modelo del proceso interpretativo del lector empírico por miedo de caer en un total subjetivismo, lleva a una simplificación y a una parcialidad equívoca del proceso interpretativo. El lector no puede quedar reducido a un simple ejecutor inocente o víctima de la emboscada que le tiende el texto. De existir, este lector sería un lector totalmente ingenuo, carente de espíritu crítico e incapaz de cuestionarse las propuestas que se le ofrecen en el texto. Insistimos, no podemos desvincular el recorrido de actualización del texto del recorrido reflexivo y crítico que impone el mismo texto.

Desde el punto de vista de la producción pragmática del significado, el recorrido interpretativo que requiere la reconstrucción lógica de los significados previstos por el autor no es más que una precondition para su plena interpretación. El proceso interpretativo va más allá del simple seguimiento de las estrategias inscritas en el proceso de lectura. El destinatario, en su interpretación, modifica y corrige las hipótesis que, en

cada momento del recorrido de la lectura, considera válidas.

Los inevitables mundos posibles

La teoría del significado de la oración, iniciada por el lógico Richard Montague,¹ a finales de los años 70, permite dar un enfoque bastante útil al proceso de interpretación. Al validar la significación a partir de las premisas de un «modelo» previamente establecido o Mundo Posible (desde ahora MP) nos permite razonar y tratar aseveraciones sobre mundos, que aun sabiendo que nunca serán verídicos (los mundos de la ficción, de nuestros sueños y esperanzas, de los temores o de la farsa...), son vividos y validados como realidades.

Habitualmente, el concepto de MP se ha venido aplicando al estudio de la narrativa ficcional, que se distingue por tener unas construcciones cerradas y estructuradas a partir de una descripción restringida de la realidad y un número limitado de individuos, de características y posibilidades también limitadas. Pero en la medida que consideramos la construcción de un MP como el resultado de una interacción cooperativa y creativa entre el enunciado que lo describe y el destinatario que lo interpreta, el enunciado toma una dimensión nueva en el sentido que deviene una estrategia narrativa destinada a suscitar hipótesis sobre lo posible. La interpretación de un enunciado se extiende, entonces, a una construcción teórica que sobrepasa la lectura y comprensión de los diferentes niveles de códigos, selección de isótopos o macroestructuras de fábula... para situarse en un segundo plano interpretativo representado por la estrategia crítica, metatextual y global. Si, además, extendemos el concepto de enunciado a toda la oferta de estímulos que recibe cualquier individuo social, y que se ve obligado a interpretar en función de lo que espera o prevé, el MP adquiere una dimensión original que va definiendo las sucesivas realidades y experiencias vividas y, consiguientemente, los comportamientos adoptados en sucesivos MP.

En el MP de la ficción, la regla básica para entrar es que el enunciadador y el enunciatario suscriban tácitamente un «pacto ficcional»² por el cual el enunciatario suspende su incredulidad³ y acepta el mundo imaginario que se le presenta. Es decir, el destinatario, aun sabiendo que lo que se le muestra o insinúa es una historia imaginaria, no por eso piensa que es una mentira. En el caso de los MP estructurados a partir de la oferta

y presencia de todos los estímulos que aporta el entorno cotidiano, el pacto es menos preciso (no pasa, como en la narrativa de ficción, ni por la taquilla ni tampoco por la compra del libro...), como también son menos precisas las normas que rigen a la hora de decidir cuáles y cómo son los elementos pertinentes de un MP y la jerarquía que en él ocupan. En este caso, la eficacia y la aceptación de los elementos ofrecidas están básicamente condicionadas por el grado de relevancia que expresan en función de lo que se quiere o cree que es necesario saber y, consecuentemente, de las inferencias que active.

De todas maneras, sea en el sentido restringido de la producción e interpretación de enunciados intencionados, como en su sentido más amplio, es decir de sucesivos MP que vienen generados por la percepción e interpretación de nuestro entorno, el concepto de MP es similar y aplicable en ambos casos.

Un MP es un mundo real

Un MP es «real» en tanto que hace referencia a un mundo narrativo de estructura cultural que, aunque no sea efectivo, es «verdadero» en la medida que está formado por un conjunto de individuos dotados de propiedades y de acontecimientos que se juzgan posibles y coherentes.

En un tratado científico, el concepto de verdad es indispensable y, por lo tanto, incompatible con el de falsedad. En cambio, en un MP, aunque un enunciado pueda ser calificado de literalmente falso, se acepta como verdad metafórica. La aceptación de esta verdad, básica e indispensable para la aceptación del MP, no es incompatible con que sea «literalmente falso». Por ejemplo, aunque sea falso que los conejos hablen, refunfunen y corran al ritmo del tic-tac de su reloj, en la medida que participamos del MP que nos propone

1. Richard Montague: *Formal Philosophy, Selected Papers of Richard Montague*, New Haven, Conn., Yale University Press.

2. Umberto Eco, *Seis paseos por los bosques narrativos*, Lumen, Barcelona, 1996.

3. Sobre la «voluntaria suspensión de la incredulidad» para acceder racionalmente al sentido real último de los enunciados poéticos, ver especialmente: Paul Ricoeur, *Temps et récit*, I, II, III, Seuil, París, 1984-1985. F. Jost, *Un monde à notre image. Énonciation, cinéma, télévision*, Klincksieck, París, 1988. Umberto Eco, *Los límites de la interpretación*, Lumen, Barcelona, 1992.

Lewis Carroll, estos hechos no nos sorprenden, mejor dicho, los aceptamos como verdades metafóricas. La suspensión de la incredulidad, aunque comporte tener conciencia de que el País de las Maravillas «no es verdadero», no nos lleva a pensar que es mentira.

Por otra parte, si el mundo real cotidiano se rige por el concepto de verdad evidente, el MP lo hace por el concepto de verdad circunstancial. La verdad de un MP es aceptada siempre y cuando los individuos que lo pueblan, sus propiedades y comportamientos, explícitos o implícitos, tengan una existencia circunstancialmente incuestionable, análoga a la que está vigente en el mundo real de la experiencia y, por lo tanto, juzgados razonables y valorados como posibles. Desde este punto de vista, el concepto de verdad no es un concepto rígido ni inamovible, sino que, como dice Goodman, «es una condición dócil y obediente» respecto a las circunstancias que lo validan.

En el caso concreto de un enunciado audiovisual, la credibilidad se ve reforzada si la representación es juzgada como realista por su analogía a lo que refiere. Evidentemente, el grado de realismo que se atribuye al enunciado audiovisual está íntimamente ligado al sistema habitual de representación que rige en el contexto en el que se sitúa el MP. No debe sorprender, por ejemplo, que el grado de realismo que otorgaban los cristianos del siglo XII a los personajes y escenas religiosas representadas en las pinturas murales de las iglesias difiera significativamente del que les atribuye hoy día la sociedad postindustrial cuando admira estas mismas obras en un museo.

En un MP, los conceptos de verdad y de mentira, se deben entender desligados de universalidad. La verdad, aunque se nos presente incuestionable y más allá de opiniones e intereses, en el interior de un MP es siempre una construcción convencional y temporal, y solamente es válida en estas circunstancias. Fuera de su MP un hecho o un valor verdadero no permanece necesariamente verdadero. De aquí que la verdad difícilmente admita la transferencia a otro MP.

Por lo tanto, lo que se propone es verdadero o falso solamente dentro del marco general o tópico que define al MP y siempre cuando esta verdad se adecúe a la manera en que el destinatario la tiene construida y que implique ésta y no otra. Si se cumplen estos requisitos, las verdades de los MP son verdades sólidas e incuestionables.

Por el contrario, las verdades del mundo real siempre pueden ser cuestionadas.⁴ Todo lo que creemos his-

tórica o científicamente verdadero está sujeto a que el azar o la investigación científica hagan aparecer la evidencia de una nueva verdad que invalide, como tal, a la anterior. Así, podría darse el caso de que un día descubriésemos, por ejemplo, que el Che Guevara no fue capturado ni ejecutado por las fuerzas especiales del ejército boliviano y que el cuerpo expuesto en el depósito de cadáveres del hospital de Villa Grande, Nauta, en 1997, era el de un impostor. En cambio, en el dominio del MP esta posibilidad no existe, la verdad no permite ser cuestionada. A pesar de que Blancanieves, la madrastra y el príncipe no han existido nunca en el mundo real de la experiencia, no por eso dejan de ser «reales y verdaderos» en el MP que presenta el cuento de los hermanos Grimm, y sería falso decir que Blancanieves murió envenenada por el príncipe o que la madrastra se casó con el príncipe. No puede ser de otra manera, Blancanieves se casó con el príncipe y la malvada madrastra fue castigada. Estas verdades no pueden ser invalidadas, salvo que se proponga otro MP de ficción donde esto no suceda. Pero este último MP jamás invalidará o transformará en mentira la verdad del primero. Simplemente será un MP diferente. Como dice Eco, «la narratividad nos proporciona mundos anclados, que flotan menos que los universos reales, aunque de ordinario pensamos que las cosas son al revés».

Sin embargo, un MP no equivale a un modelo cerrado, a partir del cual hay que juzgar y valorar las propuestas, sino que hay que entenderlo como la simple esquematización de una situación, orientada de manera que el destinatario pueda aceptarla como posible y, adhiriéndose, la complete por su cuenta. La propuesta de un MP es similar a la «puesta en escena» de un número limitado de individuos y de propiedades, reconocibles en tanto pertenecen al mundo de la experiencia, y juzgados pertinentes para representar la totalidad del MP que se pretende presentar.⁵ La propuesta de un MP no puede quedar reducida a la simple exposición y comprensión de unos elementos pasivos, sino que se tiene que entender como el esquema sinécdoquico de una estructura activa que se amplía con la oferta de unos espacios que el destinatario debe completar con sus inferencias.

En tanto esquematización sinécdoquica de una si-

4. U. Eco, 1996: *op. cit.*

5. Ver: G. Vignaux, *L'argumentation. Essai d'une logique discursive*, Ginebra, Droz, 1976, pp. 71-72.

tuación, la propuesta de un MP tiene que aportar los «indicios» necesarios para poder identificar las identidades pertinentes que permitan localizar y aceptar el mundo real de referencia. De estas identidades se tienen que predicar unas propiedades y comportamientos que el intérprete tendrá que completar en función de la propuesta.⁶ Un MP no es una estructura totalmente autónoma respecto del mundo real. Algunas de estas identidades y sus comportamientos han de pertenecer al mundo real de nuestra experiencia. De la misma forma que no es posible caracterizar todos los individuos y propiedades que pueblan un MP, tampoco es posible describir la totalidad de su mundo «real». Gobernadas por reglas, algunas de estas propiedades y cualidades se extraen del mundo real y se ajustan a las mismas reglas del mundo de nuestra experiencia y, por lo tanto, de no haber indicación de lo contrario, quedan en función de la capacidad de explicación semántica del destinatario.

Para la propuesta de un MP sólo se describen los elementos pertinentes susceptibles de conformar un conjunto narrativo que permita inferir la totalidad del MP referido. De cada una de estas propiedades se tiene que especificar su esencialidad. Aunque todas las propiedades sean necesarias para el reconocimiento del MP referenciado, es necesario establecer entre ellas unas jerarquías de tal modo que unas se conviertan en determinantes y, en consecuencia, prevalezcan jerárquicamente sobre las otras, que son consideradas accidentales o de cumplimiento menos obligatorio a la hora de justificar el comportamiento de los individuos.

Esta jerarquización es decisiva cuando se completa el MP, ya que definir como esenciales unas determinadas propiedades equivale a reconocer la estructura del MP sobre la base de las relaciones posibles válidas en su interior. Por el contrario, las propiedades accidentales, aunque no se nieguen y estén presentes y disponibles, no se toman en consideración en relación a la estructura del MP.

La diversidad interpretativa de un MP requiere que éste sea construido de manera que los objetos que en él aparecen vayan en el sentido del proyecto discursivo. Es decir, supeditar los posibles procesos inferenciales a la capacidad de explicación semántica del público definida por «lo que cada uno sabe que los otros saben, y que ellos saben que los otros saben».⁷ De aquí que el enunciador, y también el enunciatario, para poder conducir el proceso hacia los objetivos que se han marcado, tiene que prever la inhibición de implicaturas y

procesos inferenciales no pertinentes. En este sentido debe filtrar los posibles reconstruidos culturales que actuarán en el proceso inferencial y eliminar o neutralizar aquellos elementos que, aun siendo pertinentes, se les podrían inferir «valores de omisión» no previstos por el enunciatario, y, por lo tanto, distorsionadores.

De este modo, calificando la descripción de sinécdoquica, podríamos decir, como Nelson Goodman y Elgin,⁸ que «el MP no existe en el texto, sino fuera de él»: construir un MP equivale esencialmente a atribuir ciertas propiedades y las cualidades físicas y psíquicas que convienen exactamente a lo que se quiere decir de ellos.

Transitar por los MP

Como hemos dicho, la sobrecarga de estímulos que nos ofrece nuestro entorno nos fuerza a seleccionar una parte de ellos y a estructurarla coherentemente en unos MP de modo que responda a nuestros intereses y expectativas.⁹ Desde esta perspectiva, hay dos maneras básicas de vivir estos mundos:

- a) Transitando por ellos, es decir, accediendo a ellos uno tras otro, o por el contrario,
- b) Vivirlos simultáneamente.

En el primer caso, los mundos devienen realidades sucesivas, que definiremos como el transitar del «Principito» por sus similitudes con el cuento de Antoine de Saint-Exupéry. Como recordará el lector, el Principito recorre, uno tras otro, diferentes planetas, habitados respectivamente por un rey, un vanidoso, un borracho, un hombre de negocios, un farolero y un geógrafo, y en cada uno de ellos el Principito se esfuerza en entender y adaptarse a las lógicas que allá rigen.

6. Sobre el proceso de inferencia, ver D. Sperber y D. Wilson: *La pertinence. Communication et Cognition*, Éditions de Minuit, París, 1989, y también: Rescher, «Possible Individuals, Trans-World Identity and Qualified Modal Logic», *Noûs* VII, 4, 1973.

7. Dupuy, Gabriel: *L'informatisation des villes*, Presses Universitaires de France, París, 1992.

8. Nelson Goodman: *Maneras de hacer mundos*, Visor, Madrid, 1990, p. 3.

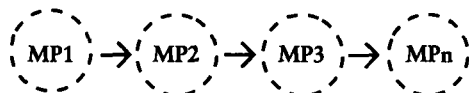
9. Johnson and Lakoff, *Metáforas de la vida cotidiana*, Cátedra, serie Teorema, Madrid, 1991.

El segundo caso, que denominamos de «Alicia», se estructura de manera similar a la del cuento de Lewis Carroll, donde Alicia, en el País de las Maravillas, vive simultáneamente mundos diferentes, incluso opuestos: el mundo de la reina de corazones con sus reglas arbitrarias, el del apresurado conejo de ojos color de rosa, siempre víctima de la dictadura del tiempo, el del Sombrero Loco, habitante de un mundo en el que la locura y la risa son virtudes prioritarias... Todos coexisten e interactúan ante una Alicia desconcertada.

Es evidente que en el mundo de la realidad cotidiana, estas dos maneras de vivir MP no se dan nunca de manera aislada, sino que las concomitancias e intersecciones entre ellas son inevitables. De todas formas, y por razones metodológicas, procederemos al análisis separado de estas dos opciones.

El tránsito lineal del Principito

En el mundo de cada día, el recorrido por MP responde más bien al que nos marca el Principito. Inmersos siempre en un determinado MP, juzgamos coherente un comportamiento, si éste se da conforme a las reglas que allá rigen.



Vivimos siempre un MP y vamos pasando linealmente de uno a otro. Cada uno de ellos se presenta como un posible «lugar de acogida que podríamos habitar».¹⁰ Lugares de acogida en los que encontramos otros seres y otras vidas con las que convivimos y que, en general, nos prometen futuros interesantes.

Dado que muchas de las situaciones que presenta un MP son dinámicas y las propiedades de los individuos aparecen y desaparecen continuamente, el mundo como tal no es nunca el mismo, siempre está, en el transcurso de su desarrollo, sujeto a transformaciones y cambios y, en este sentido, un MP es una sucesión ordenada de acontecimientos que vivimos como una realidad en tiempo y espacio presentes.

Sólo la ruptura de este suceder ordenado nos lleva a otro MP. Para acceder a él, es necesario que previamente abandonemos el actual MP y adoptemos como presente el siguiente MP. De esta manera vamos formalizando y accediendo a sucesivos estados del mun-

do, fiables y creíbles en tanto son sucesivos MP reales y presentes, solamente limitados por los MP precedentes ya vividos y los posteriores, supuestos, deseados o temidos, pero siempre susceptibles de ser vividos. Sólo el MP presente se nos presenta como real: de nada sirve que Alicia, en el transcurso de un desfile de gambas y estrellas de mar, se esfuerce en demostrar al presumido pájaro Dodó y al fumador orugón que su mundo es el verdadero, el real, y no el que en ese momento están viviendo.

Así, encadenando un MP tras otro, vamos experimentando realidades diferentes donde los elementos y comportamientos permisibles en un mundo a menudo se contradicen con los que son posibles en otro. Éste es el sentimiento que tiene el Principito cuando visita a los personajes de otro MP y no comprende cómo sus habitantes pueden juzgar como importante lo que para él no tiene ningún valor: las cifras, el poder, las prisas, la disciplina... Se trata de un nuevo MP, de valores totalmente invertidos donde los hombres juzgan como serio lo que en el mundo del Principito es banal y sin sustancia. Por el contrario, lo que en el mundo de los hombres se considera intrascendente es precisamente la razón de existir del Principito.

El acceso y aceptación de un nuevo MP siempre exige unos esfuerzos de comprensión, adaptación y asunción de los individuos y la lógica que allí rige. Este esfuerzo es rentable si las estructuras esenciales de este nuevo mundo son comprensibles, es decir, si en el transcurso de su desarrollo la relación individuo/propiedades genera estructuras similares a las del mundo de procedencia. De ser así, el tránsito por los MP no se presenta conflictivo, ya que los mundos, aunque respondan a lógicas propias, guardan unas similitudes que los hacen comparables. Cada uno de los planetas visitados por el Principito guarda una coherencia interna, pero no se interfieren. Uno tras otro, los mundos devienen reales, mientras que los otros planetas se van situando en la memoria del pasado o permanecen entre las expectativas de futuro. Es muy probable que, desde una perspectiva más distante, la linealidad del recorrido de MP tienda a una cierta circularidad repetitiva en la que los MP futuros no sean más que repeticiones o versiones renovadas de MP pasados, aunque relativamente diferentes por la acumulación de experiencias vividas.

Vamos pasando de un mundo a otro. Transitamos

10. Paul Ricoeur, *op. cit.*

por ellos y en cada uno apreciamos sus diferencias, aunque de hecho estas diferencias provienen más de la acentuación excluyente y jerarquizante que ponemos sobre determinados individuos que de la propia composición de estos mundos. El grado de acentuación que ponemos sobre unos determinados individuos y hechos da a éstos una predominancia relativa que hace que de un mismo contexto se construyan diferentes esquemas categoriales y, por lo tanto, se generen MP diferentes. Poco se parecen los MP que viven los adormilados viajeros durante el largo trayecto en metro que los conducirá por la mañana a sus lugares de trabajo.

De todas formas, las posibles y variadas interpretaciones a que sometemos la información recibida no significa que el número de posibles MP sea infinito. Su número siempre está delimitado por la propia predefinición del MP, que hace que unos elementos, y no otros, sean pertinentes, así como también por el nivel de competencia comunicativa e interpretativa del destinatario. Por lo tanto, aunque limitados, los MP varían en función de los individuos.

Alicia y la cohabitación de MP

La segunda forma de experimentar los MP es vivirlos de manera simultánea, como es el caso de Alicia, que se encuentra súbitamente inmersa en una caótica mezcla de mundos diferentes. Alicia va de sorpresa en sorpresa: tan pronto como reconoce un MP y lo vive como real, se le interponen otros MP que devienen contradictorios para Alicia, quien no ha tenido tiempo de asimilar sus reglas.

Contrariamente a los recorridos de estructura lineal del Principito, en el mundo de Alicia un MP presente entra en contacto con otros MP, conformando una estructura mosaico. La interacción de algunos de sus rasgos comunes permite la vivencia de todos, aunque siempre bajo el predominio de la lógica que rige en uno de ellos a la hora de interpretar a los individuos y comportamientos que revisten los MP.

Así, en la lógica del MP1 (fig. 1), y gracias a las intersecciones que se dan con los mundos 2 y 3, es posible cohabitar en los tres mundos, a pesar de sus diferencias. Ésta es la estructura mosaico que se le presenta a Alicia. Los MP, todos presentes, conviven, si bien la lógica más o menos rígida del mundo predominante marca los grados de coherencia o conflictividad que presentarán sus elementos.

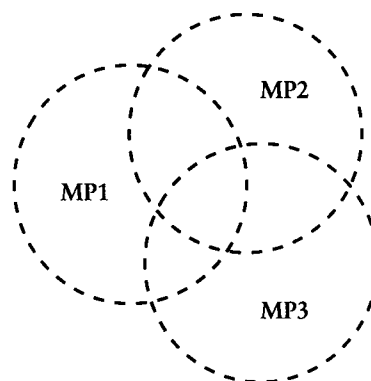


Fig. 1

El conflicto

El conflicto inconciliable aparece cuando se intenta interpretar los elementos de un MP con la negación de la lógica que rige en otro, de manera que si en un posible estado de cosas el MP1 es verdadero, entonces el no-MP1 es falso.

Si retomamos la famosa figura imposible de Penrose (fig. 3) a la que también hace referencia U. Eco para ilustrar «los mundos posibles imposibles»,¹¹ y la dividimos en dos unidades, MP(a) y MP(b), obtenemos dos figuras perfectamente comprensibles. En la figura 2, el MP(a) es gráfica y espacialmente coherente: tres cilindros paralelos, como también es coherente el MP(b), formado por un ángulo prismático en forma de U.

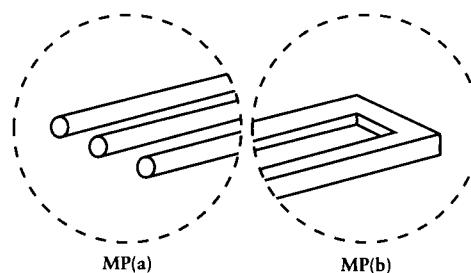


Fig. 2

El conflicto se genera cuando se intenta interseccionar esos dos mundos sobre la base lógica de uno de ellos. A pesar de la coherencia de las seis líneas parale-

11. Umberto Eco: 1992, *op. cit.*, pp. 231-2.

las de la intersección (fig. 3), la percepción asumida de los tres cilindros imposibilita la aceptación del ángulo en forma de U. Y viceversa, situados en la lógica de esta última figura, no podemos aceptar como coherentes los tres cilindros.

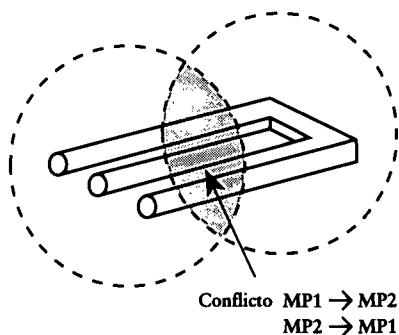


Fig. 3

Por eso cuando hay dos versiones correctas simultáneas en conflicto y sin posibilidades de reconciliación, solamente admitimos unos enunciados como verdaderos y consideramos falsos a los que entran en conflicto con aquéllos.

No obstante es necesario preguntarse cómo se pueden conciliar MP diferentes, incluso opuestos, en una misma persona. ¿Cómo llego a conciliar, por ejemplo, mi mundo presente, con otros mundos copresentes, cuando los valores, reglas, dictámenes del primero son incompatibles con las exigencias y servidumbres a que obligan los otros? ¿Cómo saber de todos los MP a cuál tengo que reconocer como real?

Éstas y otras preguntas muestran hasta qué punto es compleja y conflictiva la convivencia simultánea de MP diferentes. La cohabitación de individuos y comportamientos que responden a lógicas diferentes, incluso contradictorias, posibilitan lecturas difícilmente conciliables y que a menudo conducen a la incompreensión. Ésta fue la causa de que en el País de las Maravillas las pobres y deliciosas ostras sentadas a la mesa para comer acabaran siendo comidas por sus propios anfitriones.

En un mismo discurso, el antagonismo entre enunciados verdaderos y falsos es inaceptable. Para ser admitidos habría que aceptar todos los enunciados como verdaderos dentro de un mismo mundo, y este mundo, en sí mismo, sería imposible. No obstante, el conflicto, en la medida en que es asimilable, es inherente al MP. La existencia de un MP, como estructura activa, depen-

de del conflicto, hasta el punto de que si hiciésemos abstracción de todos los rasgos responsables de desacuerdos e incoherencias, como dice Goodman,¹² sólo nos quedarían versiones sin cosas, ni hechos, ni siquiera MP.

En nuestra vida cotidiana, la interpretación de MP simultáneos raramente se nos presenta totalmente inconciliable. El grado de tolerancia y asimilación ante versiones simultáneas en conflicto depende del mayor o menor esfuerzo que realicen los elementos en conflicto en un MP diferente donde esta contradicción no sea posible. Por lo tanto, los enunciados en desacuerdo pueden dejar de ser conflictivos si somos capaces de considerarlos separadamente, de modo que cada caso sea verdadero en el subMP correspondiente o en MP diferentes.

El MP que se vive como presente real se estructura sobre una serie de valores, creencias y verdades que, aunque rígidas, dejan libertad a la hora de aplicarlas a individuos concretos, no necesariamente pertenecientes al mismo MP, o si más no, a un subMP del primero. De este modo, aun considerando el comportamiento de un individuo como incoherente o perverso, podemos asimilarlo e incluso juzgarlo coherente si hacemos el esfuerzo de contextualizarlo dentro de otro MP donde las formas de conducta atribuidas a este individuo respondan a la lógica que allá rige. Así, comportamientos y verdades en conflicto, si no son desiguales o responden a principios opuestos, pueden ser juzgados coherentes si se sitúan en otro MP o submundo que los incluya.

También se puede dar el caso de que puedan conciliarse verdades, abiertamente en conflicto, por el solo hecho de eliminar una determinada ambigüedad.¹³ De esta manera, frases que se consideran incompatibles sólo porque son elípticas, en cuanto se desarrollan y explicitan ciertas particularidades se convierten en cosas simplemente diferentes.

Cuando los elementos son desiguales y contradicen el MP presente/real de referencia o su diferencia es juzgada excesiva, es decir, cuando somos incapaces de hacer el esfuerzo de contextualizarlo en el mundo que le es propio o simplemente no creemos conveniente realizar esta contextualización, los elementos ajenos a nuestro MP se nos presentan como improcedentes, falsos, absurdos o son simplemente marginados e ignora-

12. Nelson Goodman, *op. cit.*, p. 152.

13. Nelson Goodman, *op. cit.*, p. 144.

dos. Así, Alicia juzga irrisibles y grotescos al Conejo Blanco, al Gato de los deseos, a los dos loquitos, al Sombrero Rojo y a la Liebre de Marzo: «¡todos son tan ridículos!», exclama Alicia encerrada en su MP. También la Reina de naipes comprende, aunque con un cierto retardo, la imposibilidad de asimilar mundos diferentes, como son el de Alicia y el suyo mismo: «no tendría que fiarme de ti —exclama—, no eres de picas, ni de color, ni de trébol. ¡Tú no perteneces a este reino!».

La visita de MP diferentes, ya sea transitando linealmente por ellos o cohabitando en ellos, siempre se presenta conflictiva, aunque la trascendencia de esta conflictividad difiera en uno u otro caso. En el transitar lineal del Principito, el esfuerzo de adaptación a los principios lógicos que rigen en cada uno de los MP, a pesar de poder producir extrañeza e indignación, hace que los vínculos comunicativos entre intérprete y los diversos mundos no se rompan nunca del todo. El distanciamiento que se produce entre el único MP real y los ficcionales del pasado o del futuro provoca la necesidad de interpretar como coherente el presente y, por lo tanto, de adaptar su lógica a las experiencias adquiridas. No es así en la estructura de mundos copresentes de Alicia. En la cohabitación simultánea de MP diferentes, el intérprete permanece dentro del marco de uno de los MP y desde esta perspectiva vive el otro mundo. En este caso, las situaciones conflictivas pueden llegar a ser incomprensibles y juzgadas absurdas o irreconciliables, hasta el punto de imponer el rechazo y anular cualquier posibilidad de comunicación.

Nos vemos impelidos a transitar por MP diferentes que, como estructuras activas, nos fuerzan continuamente a buscar comportamientos posibles y a contextualizar los elementos en conflicto en mundos donde sean coherentes. Sólo así, y en función de nuestros propósitos y necesidades, iremos marcando los límites de nuestro entorno y transformándolo en una estructura útil para nuestra continuidad.

Eco califica el texto de máquina perezosa¹⁴ en el sentido de que exige del lector que haga una parte de su trabajo. De la misma forma, la vivencia de un MP, como construcción social de una realidad, exige del receptor el esfuerzo y la aceptación del mundo que se le presenta y a partir de él inferir individuos y comportamientos coherentes que lo completen. No podemos olvidar que este compromiso de aceptación y adhesión del destinatario, en la medida en que depende de su enciclopedia de valores, deviene también un hecho

ideológico y, desde este punto de vista, la versión de un MP será considerada coherente y aceptable por el receptor si no se enfrenta, ni contradice, ninguna creencia sólida ni ninguno de los preceptos que lo informan.

14. «Machina pigra»: Umberto Eco, 1996, *op. cit.*